

# ELOGIO DE LA DEMOCRACIA ABURRIDA

Jorge Navas

Cuando las cosas se ponen difíciles, nunca faltan oportunistas que saben, o como mínimo intentan, aprovechar la ocasión para ir inoculando en la opinión pública y publicada posiciones e ideas que no tendrían cabida ni predicamento en mejores circunstancias. Esta obviedad histórica es la que explica el auge de personajes y movimientos de toda laya que hasta hace poco no pasaban de pintorescos *outsiders* a los que sus respectivas sociedades prestaban atención sólo por diversión morbosa, pero sin capacidad real de influencia en las grandes cuestiones y debates de cada país.

En esta crisis de la que no terminamos de salir cuando algunos ya auguran que empezamos a entrar en otra, acaso con exceso de celo por mala conciencia de no prever la anterior, se alinearon todos los astros para formar una tormenta perfecta. Disfrutábamos del mayor bienestar social conocido hasta la fecha y lo exigíamos como un derecho universal e irrenunciable, incluso por parte de aquellos que no habían aportado absolutamente nada para conseguirlo, conservarlo y/o mejorarlo. Y, quizá distraídos por ello, los economistas, políticos y demás supuestos expertos no supieron anticipar (y mucho menos evitar) la que se nos venía encima. Dicho con otras palabras: las caídas son más dolorosas cuanto mayor es la altura desde la que te precipitas y los golpes son más duros cuando menos te los esperas. Hace una década estábamos más alto que nunca y nadie se esperaba caer tan bajo ni tan pronto.

Los primeros que se creyeron esta arcadia de progreso fueron los propios políticos de uno y otro signo, muchos de los cuales vivían persuadidos de que, mientras los votantes tuvieran la nevera llena y pudieran hipotecarse, ir a la playa en vacaciones y cambiar de coche cada cuatro años, nadie prestaría demasiada atención a sus fechorías. Y así fue durante mucho tiempo, cuando pasaban desapercibidas en los medios de comunicación y sobre todo en la opinión pública situaciones que, por mucho menos, hoy se convierten *ipso facto* en un gran escándalo que satura hasta la saciedad portadas y tertulias, aunque no durante demasiado tiempo, pues hay que dejar paso al siguiente escándalo recién salido del horno. *Show must go on, Mercury dixit.*

No seré yo el que defienda que cualquier tiempo pasado fue mejor: prefiero siempre una sociedad crítica y exigente con sus políticos que una conformista por muy bien que le vaya. Pero ya dijo Aristóteles que la virtud está en el justo medio, porque rara vez se arreglan los problemas del pasado con soluciones de presente que no son más que los mismos errores de antes pero al revés: si atípico es tener 250.000 aforados en España, más lo sería no tener ninguno; si malo era no dialogar con los secesionistas, peor es negociar demasiado para que sigan ganando adeptos, tiempo y excusas; si grotesco era que antes no dimitiera nadie en este país, no lo es menos que ahora todo el mundo vaya por ahí cual Reina de Corazones en el País de las Maravillas exigiendo que le corten la cabeza al primero que aparezca en una portada.

Por eso, incluso aceptando el resarcimiento balsámico que muchos encuentran en los populismos contra aquello y aquellos que nos indignan más o menos según nos vaya a cada uno en cada momento, no podemos olvidar nunca que la Historia nos ha demostrado con sangre, sudor y lágrimas (y dolor, que se olvida con frecuencia al citar la famosa sentencia churchilliana) que estos falsos profetas siempre terminan siendo peor remedio que la enfermedad que prometen curar.

“  
No hay nada más parecido a un  
populista de izquierdas que un  
populista de derechas

Cuando ya en 2014 los populistas empezaron a conseguir sus primeros escaños europeos en España, servidor fue el primero que los subestimó pensando que no eran más que un fenómeno pasajero y limitado que se esfumaría tan pronto como escampara la tormenta. Pero esa mejoría tardó demasiado en llegar, sobre todo para quienes más lo necesitaban, y cuando lo hizo fue con excesiva racanería, todo lo cual permitió que esos populistas no sólo se afianzaran, sino que hayan crecido hasta posiciones que ni ellos mismos imaginaban, incluso alcanzando el poder con las reglas del juego democrático que todos ellos desprecian en países como Italia, Hungría, Polonia, Brasil o Estados Unidos. Conviene aclarar, por si algún desinformado todavía lo cuestiona, que ninguno de los casos anteriores es comparable a Cuba, China o Venezuela (al cierre de estas líneas), que son dictaduras sin más y en toda regla.

Los extremos siempre se tocan y no hay nada más parecido a un populista de izquierdas que un populista de derechas. Negar esa evidencia empírica es renunciar a ese justo medio en el que caben distintas escalas de grises, desde la socialdemocracia hasta el conservadurismo pasando por el liberalismo, pero todos ellos compartiendo y respetando unos estándares de realismo. Nos pegamos un tiro en el pie cada vez que nos dejamos arrastrar por los cantos de sirena que nos alejan de ese espacio libre de radicales que no es el perfecto, pues nada en este mundo lo es, pero sí el mejor para que las sociedades avancen hacia el progreso en libertad y democracia como lo han hecho en mayor o menor medida durante las últimas décadas, claro que corrigiendo no pocas cosas que se han agotado o viciado, pero también conservando y defendiendo muchas otras que han funcionado y que siguen siendo necesarias.